

DULCE FINAL

Raúl Rubio Escudero.

No sabemos bien cómo ocurrió. Al principio el desabastecimiento fue gradual, hasta que un día cundió el pánico y la gente se lanzó como loca a los supermercados arrasando con todo el azúcar que quedaba en las estanterías. Al principio se hacían chistes en las redes sociales y las autoridades aseguraban que el abasto estaba garantizado, pero lo cierto era que un día tras otro, ibas a las tiendas o a los mercados y no había ni un triste terrón.

La cosa no paró ahí, empezó a faltar la sacarina, el aspartamo o la fructosa. No quedó ni un bote de glucosa líquida en las farmacias o de stevia en los herbolarios. Las tiendas de golosinas y pastelerías también sufrieron la depredación, era imposible encontrar hojaldres, rosquillos de baño o piruletas, ni un osito de gominola quedaba en los botes. El dulce desapareció de nuestras vidas.

Las pastelerías cerraron. Las fábricas de chocolates, de galletas, mermeladas y los dentistas se vieron obligados a hacer Expedientes de Regulación Temporal de Empleo. Después vino el cierre de los centros de dietética, muchos gimnasios y talleres textiles dedicados a la fabricación de tallas grandes. El IBEX 35 se desplomó y la economía entró en recesión, pero la gente no fue realmente consciente del problema hasta que empezaron a servirles los cafés en los bares sin el, hasta entonces, despreciado azucarillo.

Comenzaron huelgas en los sectores afectados y sobre todo, las protestas del movimiento “sweet child”, miles de niños concentrándose todas las tardes a las puertas de todos los ayuntamientos del país pidiendo caramelos. La gente estaba muy irritada, aumentaron los divorcios, y aunque nunca se ha querido reconocer oficialmente, también subió el índice de suicidios.

Los responsables políticos, muy presionados, discutían agriamente en los parlamentos, echándose las culpas unos a otros del dismantelamiento del sector remolachero, que debería haberse considerado estratégico, o de la deslocalización en terceros países de las industrias químicas de elaboración de edulcorantes. También se reprochaban el poco dinero destinado en universidades y centros de investigación a los aditivos alimentarios y demonizaban al propio sector de la alimentación por llenarse el bolso con subvenciones y no destinar ni un céntimo a Investigación y Desarrollo. Los ingenieros químicos más respetados del país sostenían que un edulcorante molecularmente perfecto estaba en camino, pero que aún tardaría años en llegar.

El azúcar de coco y la caña de azúcar subieron en los mercados internacionales muy por encima del precio del petróleo, era imposible encontrar un proveedor.

Para colmo, el gobierno adquirió un barco cargado de azúcar de palma y se produjo un embrollo burocrático, al parecer las autoridades sanitarias no autorizaban el desembarco por no cumplir con los requisitos sanitarios, finalmente se tuvo que devolver porque tampoco cumplía con los estándares de dulzor, o al menos eso fue la versión oficial, lo que generó mucha frustración entre la población.

Aun así se tomaron medidas drásticas, el gobierno asumió el control de las pocas azucareras que habían quedado y de empresas que hasta entonces se habían dedicado a la destilación de bebidas alcohólicas que pasaron a destilar azúcares y derivados. Muy poco a poco empezó a entrar materia prima dulce en las fábricas de productos alimenticios y se fueron calmando las cosas.

No todo fue malo, los médicos aconsejaron incrementar el consumo de naranjas, manzanas y melocotones para paliar el déficit de azúcares en sangre y se consiguió lo que parecía imposible, que a los agricultores les pagaran un precio justo y no tuvieran que dejar sus productos tirados por el suelo o en el árbol. La obesidad en adultos descendió a niveles de la posguerra y la obesidad infantil prácticamente desapareció. Casi no había casos de diabéticos y durante ese tiempo, las enfermedades cardiovasculares se redujeron en torno al veinte por ciento, haciendo buenos aquellos estudios que apuntaban que los azúcares eran dañinos para el corazón.

Aunque en aquella época hubo gente que especuló y hasta se hizo de oro con el tráfico ilegal y el trueque abusivo, (se llegó a intercambiar una Vespa casi nueva por dos kilos de azúcar), también hubo sonados casos de solidaridad, como ocurrió en nuestro pueblo, donde Pepe "Mayuca" que tenía muchos cajones de abejas y mi tía Silvana que tenía un colmenar, se pusieron de acuerdo para mantener los precios y repartir botes de miel extra en las casas en las que había niños, y a nadie le faltaron unas buenas torrijas el día de Jueves Santo.